Palabras del Excmo. Señor D. José Luis Pinillos

Conocí al profesor Francisco Murillo Ferrol cuando me incorporé a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, entonces aún en la calle de la Nave, como catedrático de psicología a principios de 1962, hace cuarenta y tres años, si he echado bien las cuentas. Creo recordar que él era ya catedrático de sociología en la Universidad de Granada, y acababa de publicar un libro que me regaló y me apresuré a leer. Era un libro interesante, que me informó con claridad sobre una serie de problemas sociológicos y autores que desconocía. Le escribí dándole las gracias y, entre otras cosas, me permití decirle que me extrañaba no haberme encontrado con ningún nombre español. Me contestó, con la finura propia de los granadinos, dándome las gracias, pero añadiendo que sobre los temas tratados en el libro no había logrado encontrar ninguna contribución española.

Pasados unos años, trabé cierta amistad con él a través de un amigo común, también granadino, José Castillo Castillo, y junto con nuestras mujeres fuimos los tres matrimonios a un Congreso en Mallorca, durante el cual los comentarios de Don Francisco fueron inenarrables. Nunca he olvidado aquellos días. Luego, las trayectorias profesionales volvieron a separarnos, hasta que su entrada en esta casa, que presidió su Alteza Real don Felipe de Borbón, nos puso de nuevo en contacto, aunque en esta etapa mi antiguo amigo ya no hablaba mucho. Solía llegar pronto, se sentaba en la biblioteca a leer hasta que empezaba la sesión, e intervenía poco en las discusiones. Tuve ocasión de escucharle bastantes veces. Sus ponencias siempre eran inteligentes y oportunas, hasta que un día, el 23 de marzo

del año pasado, leyó una titulada *El forastero* que nos dejó a todos sin habla. A mí me impresionó tanto que le pedí una copia porque quería leerla con calma. Me la dio en seguida, con unas letras en que agradecía mi interés.

La leí varias veces, y debo decir que sus desgarradas observaciones sobre la vida humana me llegaron al fondo del alma. Me di cuenta de que nuestro compañero era un fuera de serie, un talento excepcional, al que no habíamos sabido rendir a tiempo el tributo que se merecía. Me pareció también que su desencanto era hondo, pero no sin esperanza. Miraba ya muy alto y lo que pudiéramos decirle no le iba a hacer cambiar.

En un momento de su exposición, Murillo confiesa que no puede dormir tranquilo pensando que sólo son personas las de su bando y que los otros son alimañas. Excepto, agrega, que así es como es el mundo social de los hombres. Y no tendría sentido lamentarlo, añade, porque no se trata de algo que se corrompió y degeneró, sino de su propio ser y sustancia. No obstante lo cual, el forastero parece vislumbrar un rayo de luz y de esperanza. La última conexión, última y firme que le queda al hombre, concluye, es la de una Presencia que los trascienda a los dos, a él y a las cosas, por una superioridad infinita. Es la fe la que ilumina la belleza del mundo, y no la belleza de éste la que nos descubre la existencia de su autor. Y para abrirse a este misterio da igual estar en las cercanías de Marte o bajo las vidrieras de Nôtre-Dame. El forastero se enfrenta claramente con el cientificismo y la tecnocracia que domina nuestro tiempo. Nuestro único cordón umbilical con el mundo, continúa, el que lo es de verdad siempre, y especialmente en las situaciones límite, pasa por «arriba». Y poco después insiste en que, como en el mundo de la naturaleza, la verdadera conexión con lo demás, con los prójimos, no puede ser más que por encima de todo.

En los últimos tiempos, nuestro amigo se volvió más locuaz. Solía conversar antes de la sesión con algunos de sus compañeros. Su inesperada muerte nos sorprendió a todos, aunque debo decir que en algún momento la lectura de El forastero me sonó a despedida serena. Su lapidario escrito lo cerraba un soneto de Quevedo que recordaba que todo cambia y algo se conserva. Quizá lo más fugitivo.

> Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!
> Y en Roma misma a Roma no la hallas:
> Cadáver son las que ostentó murallas,
> y tumba de sí propio el Aventino.
> ... ...

¡Oh Roma! en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura»

Tu mensaje, amigo, aquí queda en fugitiva espera. Te recordaremos siempre como un gran hombre que honró con su discreta presencia esta Academia. Nadie que te lea te podrá olvidar.